

constitución, su organización interna y sus vínculos con el resto del aparato estatal.

Periodista y sicólogo relacionado con organizaciones no gubernamentales dedicadas a la defensa y promoción de los derechos humanos, especialista en temas militares y de seguridad nacional, Jorge Luis Sierra realiza un seguimiento puntual de las transformaciones del ejército, la armada y la fuerza área mexicanos a partir de 1965 cuando el Grupo Popular Guerrillero (gpg), comandado por Arturo Gámiz y Pablo Gómez ataca el cuartel militar de la localidad de Madera en la sierra chihuahuense. Inicia entonces un proceso acelerado de modernización de las fuerzas armadas para responder al "enemigo interno". La adquisición de nuevo armamento, el envío de oficiales a tomar cursos de contrainsurgencia en academias militares estadounidenses, la reorganización de la presencia de los efectivos en el territorio nacional, el perfeccionamiento del sistema de inteligencia militar y la capacitación de la tropa en las tácticas antiguerrilla son sólo una parte de la respuesta de las fuerzas armadas al desafío que le plantean los movimientos guerrilleros de los años sesenta y setenta.

El objetivo del Estado, expone el autor, era aniquilar a esos grupos, es decir, desaparecerlos. Para asegurarse de ello crea una serie de cuerpos en los que los militares juegan un papel decisivo. Tanto Los Halcones como El Batallón Olimpia y la tristemente célebre Brigada Blanca actúan con total impunidad en contra de los enemigos de la "Revolución". Para 1994 con la aparición del ezn y más tarde de la del epr las fuerzas armadas entran en un nuevo proceso de transformación para poder enfrentar a un enemigo que se presenta, en parte, como sobreviviente de la persecución de los años setenta. Esclarecer esta relación entre insurgencia guerrillera y

proceso de modernización de las fuerzas armadas es uno de los varios aciertos de este libro que busca contribuir a romper la cadena de la impunidad.

Luis Felipe Fabre
Una temporada en el
Mictlán

Mantarraya ediciones, México, 2003,
 15 págs.

Jorge Fernández Granados

A cuentagotas, el trabajo poético de Luis Felipe Fabre (México, 1974) publicado hasta la fecha ofrece un rasgo que bien podría dar evidencia de todo un síntoma generacional: la ironía. No se trata exclusivamente del humor, que lo hay en algunos momentos, sino de la ironía como relación estructural entre los hechos y las cosas. La ironía como oxígeno en el aire.

A través de una poética camaleónica que cambia de un poema a otro, con aguda y adaptable eficacia, y que más que obras parece ofrecer fragmentos de obras posibles, este autor provoca la sensación de un arqueólogo que recupera y clasifica pedaceras preciosas para luego ponerlas en pequeñas vitrinas. El efecto de conjunto es el de un *collage* de épocas y estilos. Un pastiche lleno de sugerencias.

La ironía radica precisamente ahí, en ese acomodamiento fractal que da la impresión de que algo falta o ha desaparecido, en ese museo entrevisto en su poesía, lugar donde el poema ya no es un edificio sagrado sino una ruina conservada y manipulada con toda intención. A diferencia, por ejemplo, de la ironía mediática y *pop* de José Eugenio Sánchez o de la ironía anarquista de Heriberto Yépez, la de Fabre es una ironía centrada en la técnica puesta en juego, o, dicho de otra manera, en el efecto ironizante del *collage* de las técnicas. El poema como un museo de la poesía.

Tal vez esta última particularidad de su trabajo es la que lo inclina, hasta

temáticamente, a la arqueología en *Una temporada en el Mictlán* (2003), breve plaqueta en la que aborda el asunto de la muerte y, más aún, el de lo que pasa con los muertos. Fabre nos dice poco —algo habitual en él—, pero, como los pintores chinos, prefiere la estrategia de la sugerencia que la aburrida explicitéz. Así, leyendo ciertas fotografías de un arqueólogo que a su vez lee un fragmento de algo desaparecido, escribe:

...reza el pie
 cuando el resto del cuerpo se ha
 perdido: cuando
 la lengua se ha perdido: habla la
 mano.

La alusión a un fragmento que es ruina de una totalidad ausente y, por lo mismo, ironía de lo perdurable.

Creo que el otro elemento que se opone y crece en la poesía de Luis Felipe Fabre es el silencio. Contraparte de la ironía y el *collage* (ruido) técnico que la caracteriza, gravita en su escritura una tensión hacia el silencio como elemento en sí del texto. Un silencio crítico pero también un silencio con la carga de una ausencia, casi de una nostalgia. No sería exagerado decir que en una época distinta Fabre habría sido un poeta religioso o más claramente místico. Esa idea tuve desde la primera vez que lo leí. Un místico con la divinidad vacante. Su naturaleza de alguna manera está más cerca del teólogo que del hombre de letras. La ausencia que nos sugiere con sus recursos irónicos es la ausencia de dios. Por eso probablemente las palabras en sus manos son —como alguien dijo del ajedrez— algo demasiado serio para ser un juego pero demasiado inocuo para ser una ciencia.